

RAÍCES

Revista Nicaragüense de Antropología

2520
9736
ISSN

*El maíz entre los popolucas de la Sierra, Veracruz,
México. Apuntes de su historia.*

Corn among the popolucas of the Sierra, Veracruz, Mexico.
Notes of his story.

Juan Alejandro Rodríguez Hernández

Antropólogo lingüista y Trabajador Social.

Universidad Veracruzana y Universidad Popular
Autónoma de Veracruz; Xalapa, Veracruz, México

ID Orcid <https://orcid.org/0000-0002-8755-1010>

colfraimamibarrío@gmail.com



Resumen

La intención del artículo se encamina en mostrar parte del saber indígena, en lo general, y de la cultura popoluca, en lo particular; referente al sistema de la milpa, exponiendo nociones y prácticas productivas, ceremoniales y simbólicas asociadas con el cultivo del maíz en localidades de la región sur del estado de Veracruz, México; producto de un trabajo de campo realizado entre 1993-1995, como parte de las actividades del Proyecto Sierra de Santa Marta A. C. (Universidad de Carleton, Canadá-Universidad Nacional Autónoma de México). La metodología empleada se concretó con la aplicación de entrevistas en profundidad, la observación y transectos en las parcelas de maíz, principalmente. Los resultados del trabajo evidencian la manera en que la labor agrícola entre las y los popolucas representa un sistema que se reviste de una lógica compleja mediante la cual interactúa el hombre, la naturaleza y lo espiritual; en cuyo proceso resalta el rol mítico de *Jomshuk*, Dios del maíz.ancestrales.

Palabras Claves

Maíz, Popoluca, Cultivo, Ritual, Jomshuk

Abstract

The intention of the article is to show part of the indigenous knowledge, in general, and of the popoluca culture, in particular; referring to the milpa system, exposing notions and productive practices, ceremonial and symbolic associated with the cultivation of corn in localities in the southern region of the state of Veracruz, Mexico; product of fieldwork carried out between 1993-1995, as part of the Activities of the Project Sierra de Santa Marta A.C. (University of Carleton, Canada-National Autonomous University of Mexico). The methodology used was concretized with the application of in-depth interviews, the observation and transects in corn plots, mainly.

The results of the work show the way in which the agricultural work between the popolucas represents a system that is covered with a complex logic through which man interacts, nature and the spiritual; in the process the mythical role of *Jomshuk*, God of corn, stands out. Ancestral.

Key Word

Corn, Popoluca, Cultivation, Ritual, Jomshuk

Introducción

“[...] fueron desgranadas las mazorcas, y con los granos sueltos, desleídos en agua de lluvia serenade, hicieron las bebidas necesarias para la creación y para la prolongación de la vida de los nuevos seres”.

Fragmento del Popol Vuh

En la parte sur del estado de Veracruz, México, habitan desde centurias atrás comunidades de habla popoluca. Así pues “el nombre popoluca se emplea para designar a cuatro idiomas mutuamente ininteligibles, pero emparentados, que se hablan en Veracruz” (Elson: 1960; 3). Dos de ellos, el Popoluca de la Sierra, existente fundamentalmente en el municipio de Soteapan, y el Popoluca de Texistepec, han sido clasificados dentro de la familia lingüística zoqueana; en tanto que el Popoluca de Sayula y el de Oluta mantienen relaciones más estrechas con el mixe septentrional (Rodríguez y Ramos: 1993). De acuerdo con los datos estadísticos oficiales, sobreviven 25,848 personas mayores de 3 años que hablan el Popoluca de la Sierra, que representa el 80.11% de la población total del municipio, con un 02.12% de monolingüismo popoluca (Gobierno del Estado de Veracruz: 2021).

Soteapan, cuya superficie cubre una extensión de 479.7 km² que alberga a 34, 385 habitantes y concentra 66 localidades en su mayoría de tipo rural; se localiza dentro de las inmediaciones de la Sierra de Santa Marta, al igual que los municipios de Mecayapan, Tatahuicapan, Pajapan y una parte de Catemaco. La Sierra de Santa Marta linda al norte y oriente con el Golfo de México, hacia el oeste con la laguna de Sontecomapan y el lago de Catemaco; asimismo al sur limita con la planicie costera del Golfo, en tanto que al sureste choca con la laguna del Ostión. Cabe destacar que, dada la riqueza de flora y fauna existente en el área, en 1980 la Sierra de Santa Marta fue decretada Reserva de Protección Forestal y de Refugio de la Fauna Silvestre. Para 1986 la Secretaría de Desarrollo Urbano y Ecología la reconoció como Reserva Especial de la Biósfera.

La base de su economía se sustenta esencialmente del cultivo de maíz, a ello se debe que éste funcione como elemento básico de las prácticas técnicas y rituales vivificadas en la sociedad popoluca. De hecho, la labor agrícola en las culturas de prosapia mesoamericana representa un sistema simbólico por virtud del cual interactúa el hombre, la naturaleza y, por supuesto, el principio sobrenatural. En este sentido, es importante subrayar que la pertinencia de las prácticas rituales inmersas en la cultura popoluca, estriba en el hecho de ser una estrategia antigua que cubre de significado el sistema etnoagrícola local, en el cual el papel mítico y sacro de Jomshuk, Dios del maíz o Mok Santu, es determinante dentro del código de valores adscritos al proceso del cultivo del maíz entre la etnia popoluca.

El conocimiento relativo al trabajo agrícola -a través de cual se rige el campesino indígena- se estructura de una serie de premisas que definen y explican tal hecho sociocultural. Dicho de otro modo, las labores concomitantes en el proceso del sistema de cultivo tradicional (roza, tumba y quema) adquieren un valor decisivo, que se traduce en la reconstitución de una adecuada

vegetación, la eliminación de arvenses, la regeneración de materia orgánica y, por ende, la fertilidad de la tierra. Así, el campesino aplica una estrategia consistente en restituir la vegetación, garantizar la producción y resistir la escasez; permitiendo la continuidad cíclica del acto agrícola.

De modo que el conocimiento técnico y las prácticas rituales de la cultura indígena conjuntan un saber tendiente a mantener una relación amistosa y responsable con su entorno natural, razón por la cual el capital biológico de mayor riqueza existente en nuestro país se ubica dentro de las zonas con población mayoritariamente indígena. Poco se conoce al respecto, por ello es necesario recuperar y revitalizar el etnoconocimiento aún subyacente, a fin de evitar su aniquilamiento frente a la propagación y el dominio cada vez más evidente de los conceptos occidentales contemporáneos. Por ende, el conocimiento indígena merece ser considerado como auténtico paradigma alternativo para la conservación y sustentabilidad. El reto de dicho paradigma, en definitiva, está en reconocer la sabiduría milenaria que se basa de un conjunto de códigos cuyos principios se orientan hacia el respeto del ecosistema. Es por esto que conviene explorar parte de la complejidad etnoconceptual de los Popolucas de la Sierra con relación al maíz, mok, sustento físico y espiritual del México profundo.

Materiales y métodos

Se trata de un trabajo de campo realizado intermitentemente durante tres años, de 1993 a 1995, como parte de las actividades técnicas del Proyecto Sierra de Santa Marta A. C., financiado por la Universidad de Carleton, Canadá y la Universidad Nacional Autónoma de México, entonces dirigido por reconocidos/as especialistas del campo de la antropología, en que destaca la Dra. Luisa Paré O., con asesoría del Dr. Jaques Chevalier y la Dra Emilia Velázquez Hernández.

El método utilizado fue el etnográfico, ante la posibilidad de registrar elementos básicos vinculados con la visión de los campesinos popolucas e interpretar los aspectos prácticos y de significación prevalentes en el ciclo agrícola. Los vocablos que aparecen en el idioma Popoluca de la Sierra, los registré y corroboré en su escritura del vocabulario de Salomé Gutiérrez (2015).

Resultados

Los resultados arrojados con la aplicación de las técnicas en campo, sobre todo entrevistas en profundidad, la observación y transectos en los terrenos de producción del maíz de campesinos, apuntan respecto al proceso del cultivo del maíz y el aspecto ritual implícito en la cotidianidad de los campesinos popolucas.

El cultivo

El proceso de trabajo relativo al cultivo de maíz entre los Popolucas de la Sierra principia con la roza y tumba, actividades que se ejecutan normalmente en el mes de marzo, hacha y machete se tiran los árboles ahí existentes que obstruyen las labores del campo. Dentro de la parcela se conservan algunos árboles frutales y maderables. Posteriormente a esta fase del ciclo agrícola, se dejan pasar cerca de 20 días, esperando que seque la materia arbórea cercenada para continuar con la quema. De preferencia la quema se realiza al mediodía cuando el sol está en su mayor exaltación; ello facilita esta actividad. Como medida de precaución, se forma una guardarraya de tres metros de ancho alrededor de la superficie cultivable e inicia la quema evadiendo la dirección del viento, alejando con ello la posibilidad de que se expanda el fuego hacia lugares no deseables.

Para el campesino populuca la quema sirve para exterminar la numerosa presencia de los ratones, los cuales suelen guarecerse entre la basura. Además de que- asegura el sembrador- la ceniza reacciona favorablemente al crecimiento del maíz e incluso tiñe el grano de un color más idóneo; esto es, donde no se quema “el maíz nace amarillo, con mazorca chiquita [...] donde hay más carbón, ahí crecen más mazorcas verdes, verdes que tienen vida para crecer” (Matías: 1993). Cabe mencionar que la práctica referente a la quema (ño’oba) es notoria durante el mes de mayo. Se da el caso, pues, de personas que encienden la parcela del vecino sin razón alguna, por lo que cada año resulta considerable la extensión de áreas de monte incineradas. La causa de esto se atribuye particularmente al tipo de tenencia todavía existente en la zona: el uso comunal.

Sin embargo, para algunos campesinos la quema no es lo más recomendable, puesto que elimina el abono y erosiona la superficie del suelo. Éstos se concretan sólo a segar la hierba que al pudrirse se convierte en una sustancia apropiada para abonar la tierra, controlando desde luego la quema inmoderada del monte. La erosión o depresión del suelo adquiere un carácter lesivo porque elimina la superficie más laxa de la tierra, “su piel”. La parte con mayor consistencia de la tierra, “el corazón”, resulta inadecuada para la disseminación del maíz:

El que quema todos los años es el que no demora para bajarse la tierra, inclusive la tierra para que esté bien alimentoso no hay que quemarla, de lo contrario hay que protegerla más, hay que darle por decir una siembra de pica pica o de ajonjolí, son los que sueltan más hojas, más abono. La árnica es muy buena para el abono porque es muy fresco.

Pero si llega un maldoso y le pega un cerillo, ¿pos qué come la tierra?, no come nada, de plano ahí le mata todo, o sea la vivencia de la tierra; ya no le queda nada la tierra, ya no tiene jugo porque todo lo que se quema se muere[...] (Sagrero: 1994).

Se siembra en el mes de julio con un instrumento puntiagudo hecho de madera, llamado espeque, *ñipkuy*, con cuya herramienta se crea un pequeño agujero donde se depositan de tres a cinco semillas de maíz.

La distancia aproximada entre uno y otro orificio es de un metro, sembrados sobre la pendiente. A los quince o veinte días de haber sembrado se fumiga la hierba, preferentemente cuando hay sol, jaama. En la milpa, kaama, suelen aplicarse herbicidas (generalmente el gramoxón y el tordón) debido a que permiten avanzar con mayor rapidez en el trabajo e implica un menor esfuerzo físico, lo cual no sucede con el uso del machete, machiityij. Cabe decir, que el manejo inadecuado de los agroquímicos en la zona, en no pocos casos se ha traducido en malestares de carácter físico:

vómitos, heridas en la piel, dolores de cabeza y corazón, etc. No obstante, el uso de agroquímicos entre los Popolucas de la Sierra se ve severamente restringido por el costo que representan y que provoca un fuerte impacto en su economía. A pesar de poseer ciertas ventajas, éstos se convierten en auténticos exterminadores de aquellos productos terrígenos que forman parte de la dieta alimenticia de la población popoluca, como sucede con los quelites y los chipiles, entre otros. Aun cuando en antaño, dichos productos químicos, no eran necesarios para la producción de maíz: “cuando vino la ciencia empezamos a sentir desventajas [...] el fertilizante [químico] quema la tierra, ya lo hemos visto” (Arizmendi: 1993).

Entre los meses de agosto-septiembre se hace la dobla (*ipo'kspa*), consiguiendo que la mazorca se coloque en dirección hacia el suelo, impidiendo de este modo que la lluvia penetre y enmohezca el interior de la mazorca. Algunos campesinos visitan su milpa diariamente antes de la dobla, tratando de controlar la conducta destructiva de las plagas y el raudó crecimiento de la maleza. Normalmente se realizan de dos a tres limpiezas entre el lapso de tiempo que hay de la siembra a la dobla. Se vigila la milpa con una escopeta, aun en horas de la madrugada, con el propósito de controlar el ataque de ciertos animales que estropean las cosechas como la ardilla, el mapache, el tejón y algunos pájaros principalmente.

En la cosecha, tanto el individuo que sembró como sus familiares van al campo a pisar, recoger y trasladar el fruto obtenido. En la cosecha participa la familia nuclear: hombres, mujeres y niños/as, aunque estos últimos presentan una constancia más limitada dada su asistencia a la escuela. También se auxilian de compañeros y familiares que trabajan bajo la modalidad de mano vuelta, tipo de trabajo colectivo en el que no existe el pago monetario, prevalece la reciprocidad. La esposa y los hijos/as más pequeños/as se encargan de llevar el desayuno al campo durante el tiempo que engloba el ciclo agrícola. Para pisar se utiliza un clavo, un palo con punta o la mano simplemente. Anteriormente, al pisar las primeras siete mazorcas, éstas se apartaban exclusivamente para obtener la semilla (*pak*) que se utilizaría en el inicio del próximo ciclo, con lo cual se aseguraba un mayor rendimiento de maíz.

Para trasladar el producto a casa se ocupa el caballo o un mecapal, según sean las posibilidades de cada familia. En algunas comunidades las mazorcas se deshojan para colgarlas sobre un travesaño de la casa, esperando a que termine de secarse porque llueve mucho y corre el riesgo de picarse.

Existen personas que recurren al copal blanco (*pooppooma*) precisamente, para proteger al maíz de los insectos, aunque en otros lugares no se acostumbra mucho, no es común que el maíz se pudra o se llene de gorgojos. Los abuelos construían un tapanco en la cocina con la finalidad de aprovechar el humo ocasionado por la leña, eliminando cualesquier tipo de plaga. Por otro lado, hay algunos campesinos que sahúman el maíz por las mañanas antes de probar alimento, repitiendo dicha actividad a los veintidós días; esto se hace para que rinda lo suficiente como alimento de la familia.

Posteriormente, se selecciona la semilla que servirá para la próxima siembra, la cual debe preservarse en buenas condiciones. Así, al momento de desgranar las mazorcas para tal efecto, se seleccionan los granos de maíz más grandes y sanos, cuidando que no este dañado su corazón, aanmaj. Se remoja el maíz con la intención de ablandarlo, absorbiendo el líquido necesario que le permita liberar el tallo a los siete días de haber sido sembrado; de la misma forma en que *Jomshuk*,

el Dios del maíz, nació, según la tradición oral local. De utilizarse granos secos, demoran de quince a veinte días en reventar y el proceso de crecimiento del maíz es más retardado. Asimismo, al deshojar la mazorca, las hojas no se queman: se tiran en el monte, pues de ser incineradas aparece el chahuistle. El chahuistle es un hongo producido por el exceso de humedad que se desarrolla especialmente en la hoja de la planta del maíz. Lo mismo sucede con el olote (*jüipak*), por eso es que ambas cosas deben de conservarse; tampoco se arrojan al río porque entonces *Jomshuk* se va, lo que significa que no habrá producción. Es hasta los siete días posteriores a la siembra cuando ya es permitido quemar (*iño'oba*) el olote y las hojas correspondientes. Para desgranar el maíz, se golpea el costal contra el suelo o con un palo, o bien se trabaja con un olote.

Ritual y cosmovisión agrícola

La tierra, *nas*, se deja descansar regularmente de uno a tres años, periodo en que logran formarse jóvenes acahuales, por virtud de los cuales el suelo recobra parte de su fertilidad. Dentro de los límites del acahual, existen plantas que aprovisionan de humedad y funcionan como abono de la tierra: el árnica, el ajonjolí, el picapica, el palo de agua, el jonote y el cocuite. Inversamente, el encino, el mulato, el mango y el árbol de nanche son perjudiciales, ya que tienden a debilitar y enjugar la planta del maíz. A estas últimas, los campesinos les confieren la calidad de ser “calientes”, en razón de que al ser cortada alguna de ellas no pueden retoñar y, por otro lado, suelen picarse mucho: “el jugo de las plantas es fresco, por eso las plantas son frondosas porque si fuera caliente las plantas no crecen, se queman, se pone chahuistado, se pone amarillento” (Sagrero: 1995).



De acuerdo con la percepción popoluca, el chahuistle, es signo de que a *Jomshuk* le duele la cabeza, por consiguiente, deben arrancarse las hojas que estén dañadas y ponerlas en nixtamal. Al día siguiente, por la mañana se procede a elaborar siete cruces, cada una configurada por siete hojas. Las cruces se envuelven y se depositan en siete arroyos diferentes, al pie de una piedra. De esta manera, “*Jomshuk* agarra frescura” y desaparece el mal de la milpa. Es válido anotar que entre los popolucas el número siete posee un significado mágico benigno. De hecho, “7 serpiente” era el nombre esotérico con que se designaba el maíz en la cultura azteca; “por esta razón consideraban los adivinos que el número 7 era de muy buen augurio, y que el que había nacido en un día que llevara este número tendría una vida sumamente venturosa” (Caso: 1953, 64).

Las fases de la luna, *pooya*, revisten importancia para el proceso de cultivo, por lo cual la siembra tiene lugar entre los meses de junio y julio, particularmente en tiempo de luna nueva, de esta manera el maíz no se pica. Al sembrar, *iñippa*, el campesino se persigna, ahúma la semilla con copal y emite en lengua indígena: “por este día *Jomshuk*, te quedas aquí en el campo, yo te voy a entregar en manos de Dios, él te va a cuidar y yo te voy a limpiar. Tú me cuidarás y yo te cuidaré, no te hará falta nada. Yo te debo levantar a la hora que ya estés bueno, sazón” (Sagrero: 1995). Durante los primeros siete días de la siembra, queda prohibido tocar temas que aludan al amor o al sexo,

dado que “se está encariñado con el Jomshuk”. El maíz escucha y ve lo que pasa a su alrededor, por ende, no es conveniente dirigirse hacia él grosera e indiferentemente, hay que tratarlo con respeto, conversar cortésmente con él. Por lo tanto, el sembrador cuida de no hacer algún gesto o movimiento que pueda ser interpretado por el maíz como un acto de disgusto, por ejemplo, voltear la cabeza en el momento que la semilla es depositada en la tierra.

Durante la siembra, el campesino se rehúsa a subir encima de una piedra o de un palo comúnmente existentes dentro de la parcela, para que la semilla no salga del agujero en que fue depositado, es necesario por tanto no inquietar a Jomshuk. Se entierra copal en las esquinas y al centro de la milpa, kaama; siete días después de la siembra se ahúma alrededor de la milpa a propósito de contener la furia del viento y de las plagas. Anteriormente, con el palo plantador se dibujaba una cruz en el aire antes de sembrar las primeras siete matas. Cuando el maíz carece de los cuidados rituales que requiere para desarrollarse apropiadamente: “da sueño”; es decir, el campesino -mientras duerme- nota a un niño sucio y desprotegido que sufre mucho, llora desconsoladamente.

Para sembrar no se permite la intervención ni el contacto con los niños/as, quienes suelen ser juguetones y tocar cualquier cosa, acción que Jomshuk sanciona negándose a brindar buenas cosechas. Es más, desde el momento mismo que empieza a desgranarse el maíz que servirá como semilla en la siembra, el campesino debe regirse mediante una conducta realmente estricta. Por ende, no se permite chiflar, reír, discutir o bromear:



Por ejemplo, yo ya voy a sembrar hoy, ya no quiero que los niños me molesten, ya que se desaparten de mí; ya voy a deshojar mi maíz, ya lo voy a desgranar, ya lo voy a remojar en un bote de agua. Ya ese día no tengo que salir a jugar, a relajar o hacer otras cosas, ya no. Ya tengo que estar muy pendiente con la mente qué trabajo hice, para que no trabaje de balde.

Si hoy siembra usted para hoy tú no eres nadie, eres como un soltero, eres como un Santo; o sea que es costumbre de aquí en San Pedro Soteapan muchos tienen su mujer, muchos tienen querida y el que va andar de mañoso con su querida es el que no logra su cosecha. Se lo acaba el pájaro, se lo acaba el ratón [...] (Sagrero: 1994).

A partir de la siembra, iñippa, queda prohibido ingerir alimentos “calientes” para prevenir que el maíz se pudra. Esto es, no debe comerse el huevo, el aguacate, la guaya, el chile, el mamey, la piña, el mango o la miel. Al respecto se señala: “eso ya me pasó, porque ya hice la prueba, no respeté la dieta. Pos no me va usted a creer que cuando ya coseché mazorca grande, daba lástima dejarlo tirado allá bien podrido. *Jomshuk* estaba podrido por el chile” (Sagrero: 1994).

2 Esto es aplicable en la siembra de cualquier planta; para cortar un palo y no se apolille, o bien al capturar un cochino sin que se desangre. La dobla y la cosecha se realizan en luna llena.

Al llegar del campo no es prudente bañarse con jabón ni lavar la ropa, la tradición local aprueba hacerlo solamente a los siete días sucesivos de la siembra; se ahúma la indumentaria con que fue sembrado el maíz.

Ahora bien, el hecho de que existan maíces con características físicas variables (cenceños o putrefactos) o bien de colores distintos (amarillos, blancos, negros o rojos), se explica de la siguiente manera: en un lejano tiempo maíces de distintas condiciones físicas se reunieron con “su maestro”, *Jomshuk*, quien les preguntó cuál había sido la razón por la que estaban lastimados muchos de ellos. A lo que contestaron: “el señor del campo [el campesino] sólo descansaba y bebía, no nos quieren, no nos asean, nos tiene dentro del monte”. Entonces *Jomshuk* respondió: “de ahora en adelante estarán todos juntos donde los traten bien” (Sagrero: 1994). Es este el motivo por el que ahora aparecen toda clase de maíz en una misma cosecha que, desde luego, ha sido bien trabajada. Secularmente se acostumbraba que, en la cosecha, cuando aparecía dentro de la milpa una planta con dos mazorcas eran cuidadosamente recogidas, guardadas y sahumadas en el travesaño de la casa. Se trataba del *mok koobak*, “la cabeza del maíz” o “maíz principal”, que significa la madre y el padre del maíz. A este respecto, Vogt en su estudio sobre los mayas de Zinacantán señala: “el maíz almacenado es ‘protegido’ ritualmente por una pequeña cruz de madera colocada sobre él. Esa cruz se rodea de olotes *ztot* y *zme'* con sus hojas, simbólicos ‘padres’ y ‘madres’ que abrazan las almas de la milpa entera y del maíz almacenado” (1988, 93). También es factible que en el maizal surja alguna mazorca cuya figura se asemeja a alguno de los animales que consumen maíz: “el cabeza de pájaro”, *jon kobak*, y “el maíz jabalí” o *yoya, mokyooya*, mismos que deben ser desechados para eliminar toda posibilidad de llegar a perder la cosecha.

Debido al respeto subyacente hacia el maíz, se evita que éste sea desperdiciado y maltratado: de no cumplir con tal precepto el maíz opta por huir. Esta es la razón por la que la gente no obtiene buenas cosechas. Así, cuando el maíz se tira al suelo sin ninguna consideración, “el maíz llora como un niño, no hay que maltratarlo porque se va”, asevera un indígena popoluca. Recordando el episodio, de uno de los campesinos, cuenta que un compañero tiró su pozol por un descuido, “al rato oyó que lloraba, lo alzó y lo sahumó con copal blanco, [porque] el maíz alimenta el corazón, es el segundo Dios” (Rodríguez: 1993).

El hecho de ofrecer copal al maíz corresponde también al relato que existe en torno a la historia de *Jomshuk* donde se asevera que, a los siete días de haber nacido de un huevo, éste lloraba demasiado porque tenía hambre, misma que finalmente satisfizo con un pedazo de copal blanco que encontró sobre un canasto de su madre. Asimismo, cuando un campesino halla maíz tirado en el campo o el arroyo debe recogerlo y llevarlo a casa; de no proceder así, será castigado por *Jomshuk* con una exigua cosecha. Entre los totonacas, cultura situada al norte del estado de Veracruz, se afirma que cuando se tiran los granos o se desperdicia el nixtamal, el maíz se acaba pronto, no rinde la cosecha (Oropeza: 1994). En consonancia con lo anterior, Sahagún anotó: “[...] decían que cuando estaba derramado algún maíz por el suelo, el que lo vía era obligado a cogerlo, y el que no lo cogía hacia injuria al maíz, y el maíz se quexaba dél delante de Dios, diciendo ‘señor castigad a éste que me vio derramado y no me cogió, o dad hambre porque no me menosprecien’” (1986, 298).

3 La génesis del maíz rojo, *sabats mok*, está relacionado con un acontecimiento que tuvo lugar en el pasado cuya trama resalta que *Jomshuk* en un vano intento por romper una roca con las piernas para sacar algunos granos de maíz, se sangró manchando dichos granos. Por tanto, el maíz rojo es la sangre de *Jomshuk*. Aunque existe la versión, también, de que el *sabats mok* se originó a raíz del baño que recibió *Jomshuk* por parte de Blanca Flor, su madre, con la tierra roja.

Contrariamente, para obtener un mayor rendimiento de nixtamal, anteriormente al cocer el maíz se profería: “Santo del maíz, Jomshuk, te pido que en esta olla donde deposito un grano se cosan dos”. Al respecto, Sahagún asentó: “decían también los supersticiosos antiguos, y algunos aún ahora lo usan, que el maíz ante que lo echen en la olla para cocerse han de resollar sobre ella, como dándole ánimo para que no tema la conchura” (1986, 298).

Parece importante señalar que el aspecto ritual entrañado dentro de la visión popoluca, funciona esencialmente para protegerse de los fenómenos que se encuentran fuera de su control: las sequías, los vientos y el comportamiento pernicioso de ciertos animales e insectos. De hecho, durante el crecimiento del maíz, es común el acecho de animales que ocasionan serios estragos en la milpa, particularmente del mapache, aaskaang, a tal grado que de una hectárea sembrada llegan únicamente a cosechar 10 cargas de maíz. Dicho fenómeno, generalmente se concibe como resultado del acto transgresor al que incurre el popoluca, mismo que puede estar ligado con la falta de abstinencia sexual, jugar con tocarse los glúteos entre compañeros durante los días preceptivos de la siembra, maltratar el maíz y/o con preparar el nixtamal en horas de la tarde.

Consecuentemente, para solucionar el problema de las plagas, es recomendable no atacar el ratón (tsuk) o el pájaro sincho (jon), hay que “hablar” con ellos pidiendo que no molesten la milpa; si es la hormiga (jajtsuk), entonces se ofrece simbólicamente un grano de maíz ante el hormiguero. Entre los campesinos popolucas se acostumbra a enterrar copal blanco en las esquinas de la milpa y una más al centro de la misma, profiriendo una oración, con el afán de protegerla; así como también, es pertinente alimentar al perro con la tortilla hecha con los granos más cercanos a la punta de la mazorca, de la que se obtiene el maíz para semilla, técnica ritual que evita la propagación de las plagas.

Conclusión

Como es sabido, la penetración de parámetros externos dentro del tejido cultural autóctono conduce a configurar nuevas categorías caracterizadas por una lógica económica y mayoritariamente depredadora, antagónicas con la visión ancestral popoluca. Por tanto, la consideración de estas anotaciones está encaminada en valorar los saberes popoluca e indígena, lo cual supone identificar y documentar los mitos locales y rescatar los rituales, aún conocidos, correlacionados con el aspecto ecológico; para de ser factible reforzar ese conocimiento y extenderlo a través de diferentes medios tanto comunicativos como educativos, generando procesos de actuación con pertinencia cultural.

La resolución de los problemas socio ecológicos – y de otra índole- debe partir no sólo de las decisiones e ideas apriorísticas generadas de los programas gubernamentales y las instituciones, sino también de la sabiduría de las sociedades tradicionales, cuyos códigos de significación cultural son coherentes con sus prácticas productivas que responden al contexto social y ambiental que les circunscribe.

Referencias

Caso, A. (1953). El pueblo del Sol. México: Fondo de Cultura Económica.

De Sahagún, B. (1989) Historia General de las Cosas de la Nueva España. Tomo 1. México: CONACYT.

Elson, B. F. (1960) Gramática del Popoluca de la Sierra. Trad. Ma Teresa Fernández. Veracruz, México: Universidad Veracruzana.

Gobierno del Estado de Veracruz (2021). Cuadernillos Municipales, Soteapan, 2021. Sistema de Información Municipal. Disponible: <http://ceieg.veracruz.gob.mx/2021/06/17/cuadernillos-municipales-2021/>

Gutiérrez Morales, S. (2015). Vocabulario popoluca de la sierra/popoluca-español/ bilingüe/popoluca de la sierra. Variante del Estado de Veracruz de Ignacio de la Llave. Ciudad de México: INALI-SEV-AVELI.

Oropeza Escobar, M. (1994) Aproximación Interpretativa del mito totonaca Juan Aktzin y el diluvio. Tesis de maestría. Veracruz, México: CIESAS.

Rodríguez Hernández, J. A. y Ramos Vázquez, M. E. (1993) Entrevista a Benjamín Elson, Soteapan, Veracruz, México.

Vogt, E. (1988) Ofrendas para los Dioses. México: Fondo de Cultura Económica.

Entrevistas

Arizmendi, Martín (1993), Soteapan, Ver., México.

Gutiérrez, Ciriaco (1995), Ocotal Grande, Ver., México

Matías, Nemorio (1993), Ocotal Chico, Ver., México.

Rodríguez, Rafael (1993), Santa Marta, Ver., México

Sagrero, Jesús (1995), Soteapan, Ver., México

Juan Alejandro Rodríguez Hernández

Antropólogo lingüista de la Universidad Veracruzana y Trabajador Social de la Universidad Popular Autónoma de Veracruz. Coautor del libro Voces y Rostros de la Colonia Francisco I. Madero (2019), publicado por el Instituto Veracruzano de la Cultura, Xalapa, Ver.; y Coordinador y coautor de varios textos y documentos técnicos en educación y salud comunitaria, e interculturalidad.

